

¡Alto al engranaje mortal!:

Israel, Palestina

y la Comunidad Internacional

DEMETRIO BOERSNER

El pueblo judío, dentro y fuera de Israel, debe entender que, sólo si acepta los riesgos de un nuevo esfuerzo de reconciliación, podrá alcanzar sus anhelos de paz, y recuperar el alto prestigio democrático y progresista del que disfrutaba antes de la actual etapa de intransigencia violenta.

Formación de dos naciones

El sionismo por un lado, y el nacionalismo árabe por el otro, forman parte del proceso de cristalización de identidades nacionales, que comenzó en Europa en la Edad Media, y que luego se extendió al resto de la humanidad por efecto de la creciente mundialización económica, política y cultural del modelo europeo a partir de la Revolución Francesa y la Revolución Industrial. Ambos movimientos se basaron en la secularización de corrientes originalmente religiosas. En el caso de los primeros nacionalistas árabes de Damasco, de Bagdad y de El Cairo, se redefinió la identidad en términos ya no panislámicos sino de orientación hacia una nacionalidad árabe moderna. En el marco del despertar nacional judío, Teodoro Herzl y sus compañeros dieron cariz laico y político al milenarista anhelo bíblico de retorno a Sión.

El movimiento sionista tuvo sobre el nacionalismo árabe la ventaja histórica de estar dirigido, y mayoritariamente integrado, por contingentes humanos de formación europea,

avanzados en términos de ciencia, conciencia y eficiencia, en tanto que el nacionalismo árabe ha enfrentado, y enfrenta aún, el reto de superar el pesado lastre histórico de siglos de estancamiento patriarcal y feudal, además de la herencia psico-política del despotismo asiático otomano.

Durante la primera guerra mundial, el imperialismo británico, junto con el francés, traicionó a los árabes, primero prometiéndoles un gran Estado nacional independiente como premio de su alzamiento contra Turquía, aliada de Alemania y Austria, y luego negándoles la soberanía y sometién-dolos a un reparto colonial entre zonas de "mandato" inglesas y francesas, en base al infame acuerdo secreto Sykes-Picot. Al movimiento sionista internacional, el gobierno de Londres le prometió, por la Declaración Balfour de 1917, un "Hogar Nacional Judío" en Palestina. La dirigencia árabe habría aceptado esa presencia nacional judía en Palestina, si se hubiera dado en el marco de un Estado árabe independiente. No siendo así, la rechazó, sospechando que formaba parte del plan colonialista anglo-francés.

En realidad, los sionistas mismos, en su mayoría, estaban movidos de intenciones generosas y solidarias hacia el pueblo árabe de Palestina. Esa mayoría generosa, era la constituida por los laboristas o socialistas judíos, deseosos de crear una sociedad solidaria basada en granjas colectivas y en empresas regidas por los propios trabajadores sindicalizados, de la cual esperaban que se beneficiarían los sectores populares árabes en un plano de igualdad. Sin embargo, enfrentada a esta mayoría generosa, existió también desde el comienzo una minoría sionista de derecha, de mentalidad nacionalista excluyente y soberbia, desconocedora de los derechos de la población palestina árabe.

La etapa de Israel progresista y del derechismo árabe

Durante la década de los treinta, por la dictadura antisemita de Hitler establecida en Alemania y amenazando al resto de Europa, aumentó la presión migratoria judía hacia Palestina. La potencia mandataria británica, que inicialmente se había mostrado comprensiva hacia el punto de vista sionista, en 1939 dio un viraje feroz hacia una posición antijudía, de virtual cierre de la inmigración.

Con ese viraje, Inglaterra esperaba ganarse las simpatías árabes y asegurarse el suministro de petróleo del Golfo Pérsico durante la guerra mundial en ciernes. Pero tuvo poco éxito en ese sentido: los líderes nacionalistas árabes más connotados (y sobre todo los dirigentes palestinos presididos por Haj Amin al-Husseini, gran mufti de Jerusalén) manifestaron sus simpatías hacia el Eje hitleriano y le ayudaron activamente en sus operaciones de guerra en el Medio Oriente.

Por ello, cuando en 1947 se planteó el retiro británico de Palestina, y la eventual partición del país entre árabes y judíos, el mundo democrático y progresista simpatizaba con la causa judía y miraba con antipatía al conjunto árabe, en aquella época derechista e infectado de fascismo. La URSS y los países de su órbita fueron

los primeros en apoyar la creación de un Estado Judío, en ayudar a la inmigración ilegal hebrea (todavía frenada por los británicos) y en suministrar armas a la Haganah, fuerza armada de liberación judía. En cambio, el conservadurismo mundial, encabezado por los consorcios petroleros transnacionales, defendía a capa y espada la causa de los jefes árabes, tan complacientes hacia el capitalismo y tan asiduos represores de cualquier incipiente sindicalismo o izquierdismo en sus países. Sólo a última hora, por intensos esfuerzos de los demócratas liberales de Estados Unidos para neutralizar la influencia pro-árabe del lobby petrolero, se logró que el presidente Harry Truman decidiera respaldar la resolución de las Naciones Unidas en pro de la partición de Palestina entre un Estado judío y otro árabe.

La dirigencia política del mundo árabe cometió el error fundamental, en 1948, de rechazar el plan de partición y tratar, por la fuerza militar y paramilitar, de "echar a los judíos al mar" y lograr una Palestina exclusivamente árabe. Luchando desesperadamente por su existencia, haciendo alarde de su disciplina y capacidad organizativa de nivel europeo, y aprovechando al máximo sus rifles y municiones de fabricación checoslovaca, los israelíes ganaron la guerra, anexaron a su Estado territorios adicionales no previstos en el plan de partición, y crearon un santuario y baluarte inexpugnable para garantizar la vida del pueblo judío a escala mundial.

Las posiciones se invierten: Israel hacia Occidente y Primer Mundo

Durante los primeros siete años de su existencia como Estado, Israel mantuvo una posición política y diplomática acorde con la ideología progresista de su fuerza laborista mayoritaria. El socialismo agrario de los *kibbutzim* y los mecanismos de cogestión o autogestión industrial por los sindicatos del *Histradut*, constituyeron los fundamentos de una sociedad democrática solidaria de orientación

Para salir de este engranaje infernal, es necesario que se tomen iniciativas audaces, en dos sentidos. En primer lugar, es necesario que la oposición democrática, humanista y progresista israelí, rompa la alianza con Sharon y asuman una oposición franca, de promoción de la negociación y la paz... En segundo término, Estados Unidos debería reanudar los intensos esfuerzos de mediación pacificadora que realizaba, encomiablemente, el ex-presidente Bill Clinton. También la Unión Europea debería participar en los buenos oficios pro paz.

no capitalista. Internacionalmente, Israel mantenía una posición equilibrada en las controversias de la Guerra Fría y se destacaba por su apoyo al Tercer Mundo y su asistencia eficaz a los países recién descolonizados de África y a todos los asiáticos que la aceptarían.

Pero el mundo árabe comenzó a cambiar. A partir de la revolución militar egipcia de 1952, diversos países musulmanes entraron en una etapa de radicalización nacionalista y social. De aliados fieles del capitalismo occidental, se fueron convirtiendo en Estados no alineados y, en grado creciente, amigos y clientes del bloque soviético. De allí que, a partir de 1954-1955, Moscú se inclinara cada vez más a apoyar la causa nacionalista árabe y palestina.

El hito decisivo en ese cambio de alianzas lo constituyó la crisis de Suez de 1956. En Israel existía el anhelo de castigar a Egipto por su apoyo a las incursiones de guerrilleros palestinos. Cuando el presidente egipcio Gamal Abd-al-Nasir (Nasser) nacionalizó el Canal de Suez doce años antes de la fecha prevista, y los gobiernos británico y francés emprendieron su antihistórica intervención militar contra la ex-colonia rebelde, Israel tomó la fatídica decisión de apoyar esa acción mediante un ataque propio, simultáneo y coordinado. Dicha decisión fue impuesta por el ala derecha del laborismo y de la oposición conservadora, contra la resistencia del primer ministro Moisés Sharrett, del ala laborista doctrinario y de los socialistas de izquierda. Con ello quedó sellada la alianza estratégica de Israel con el bloque occidental en la Guerra Fría.

Nuevas guerras y el proceso de paz fracasado

Durante la década de los sesenta, se mantuvo el conflicto israelo-árabe en toda su intensidad, y continuaron las incursiones de *fedayin*, reclutados entre los centenares de miles de refugiados palestinos que vegetan en deprimentes campos en los países ára-

bes vecinos de Israel. Luego de disputas sobre las aguas del Jordán, en 1967 Egipto y los demás Estados árabes amenazaron con asfixiar a Israel cerrándole su salida al Mar Rojo y Océano Índico a través del Estrecho de Tirán. Además movilizaron sus ejércitos, armados y equipados, con ayuda del bloque soviético. En una brillante guerra preventiva de seis días, del 5 al 10 de mayo de 1967, Israel tomó de sorpresa a sus enemigos y destruyó su aparato militar. Ocupó territorios pertenecientes a Egipto y Siria, y los conservó como prendas para eventual devolución tras negociaciones pertinentes.

La próxima ronda bélica fue la del año 1973, cuando Egipto atacó una vez más y logró una suerte de "empate" militar con los israelíes, positivo para crear una simetría de los niveles de autoestima nacional. Sobre esa base, el nuevo presidente egipcio Anwar es-Sadat y el primer ministro israelí Menahem Begin (ex-terrorista de derecha) pudieron concluir el tratado de paz de 1979. Así quedó roto el "tabú" árabe contra el reconocimiento de la "entidad sionista".

Entretanto, el mando del movimiento nacional palestino había pasado a las manos de Yasir Arafat., dirigente progresista que sucedió al reaccionario Ahmed Shukairy. A diferencia de su predecesor, Arafat estableció una estricta distinción entre el sionismo (enemigo) y el pueblo judío (potencialmente amigo). Hasta el momento, no ha aparecido ningún otro dirigente con credenciales mejores que los de Arafat para representar al pueblo palestino.

El proceso de paz se hizo posible por el fin de la Guerra Fría. La URSS desapareció como factor de poder en el Medio Oriente, y los países árabes quedaron enfrentados a la sola superpotencia norteamericana que, por la Guerra del Golfo de 1991, consolidó su control sobre la región. Norteamérica persuadió a la dirigencia palestina que pusiera fin a la "intifada" (protesta popular palestina con violencia limitada) que se desarrolló durante varios años.

En este clima de apaciguamiento, en 1992 reascendió al poder el Partido Laborista israelí, bajo la dirección de Isaac Rabin, general retirado y hombre político de antecedentes más bien "duros". Ayudados por los buenos oficios de la diplomacia noruega, y alentados por el presidente Clinton y el gobierno norteamericano, Rabin y Arafat, tras tenaces negociaciones, suscribieron en 1993 los históricos acuerdos de Oslo, que establecieron el marco para avanzar, por etapas hacia una paz y convivencia duraderas entre Israel y un futuro Estado Palestino. El principio en que se apoyan los acuerdos de Oslo es el de "paz por tierras" (devolución de ciertos territorios a los palestinos, a cambio de paz y seguridad para Israel).

Pero tanto en el bando árabe como en el judío se movían fuerzas negativas y tenebrosas, enemigas de la paz. Los pueblos árabes en creciente medida se sentían molestos por la presencia y hegemonía norteamericanas en el Medio Oriente, así como por la parcialización de Estados Unidos a favor de Israel, y ese sentimiento colectivo fue el caldo de cultivo de un islamismo terrorista. Por el lado judío, desde fines de los años setenta existía la influencia de corrientes religiosas ortodoxas, ferozmente nacionalistas y empeñadas en restablecer un Gran Israel del cual serían echados los "hijos de Amalek". Estos epígonos modernos del bíblico Josué provenían sobre todo de los Estados Unidos y probablemente son apoyados y utilizados por poderosos intereses económicos privados. La provocadora y agresiva construcción de asentamientos judíos en zonas palestinas ocupadas constituye, desde hace dos décadas, la manifestación más visible de este nuevo sionismo expansionista.

El asesinato de Rabin, seguido por el gobierno derechista de Benjamín Netanyahu, inició el deterioro del proceso de paz. El nuevo premier laborista Ehud Barak, que sustituyó a Netanyahu, trató de reanudar el proceso e hizo ofertas generosas a la parte palestina. Pero era demasiado tar-

de: ya había comenzado la segunda *intifada*, junto con actos de terrorismo de Hamás y Yihad Islámica, y por el otro lado, la opinión pública israelí se volvió a tornar a la derecha, llevando al poder al más duro y belicoso de los dirigentes sionistas, Ariel Sharon. Este había provocado con toda intención los nuevos estallidos de violencia palestina, pues claramente no cree en una paz negociada, ni en un Estado palestino, sino sueña con una definitiva dominación judía excluyente y esencialmente autoritaria.

La guerra de Sharon: peligro para el mundo

Ante los condenables ataques suicidas de los terroristas palestinos, que han cobrado numerosas vidas y mantienen a la población israelí en un permanente estado de alarma y de alerta, el primer ministro Sharon no ha encontrado otra propuesta que un contra-terror cada vez más intenso, extenso e inhumano.

En concordancia con sus antecedentes personales y políticos de comandante militar muy duro, presunto corresponsable de una masacre de refugiados palestinos cometida en el Líbano, y luego provocador consciente de los incidentes que abrieron la segunda *intifada*, Sharon ha venido aplicando represalias exageradas e inhumanas a la población civil palestina, aplicándole el principio pre-mosaico de la responsabilidad colectiva por los actos de terrorismo de unos pocos fanáticos. Ha aprovechado los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001 en Estados Unidos como pretexto para declarar una suerte de guerra total contra el terrorismo (ciertamente condenable) de Hamás y de Yihad Islámica. En el plano político, sus seguidores han tratado de convencer al pueblo israelí de que "estamos en guerra, y cualquier discrepancia rompe la unidad, pone en peligro a la nación, y es traición a la patria". Debido al éxito que ha tenido esa prédica, y al horror auténtico que sienten los israelíes ante los atroces ataques terroristas, Sharon aún mantie-

ne una mayoría en las encuestas de opinión, y el Partido Laborista no ha osado retirarse del gobierno de unidad nacional y denunciar los desmanes cometidos contra el pueblo palestino en sus sectores más indefensos y pobres. El gran Simón Peres, líder laborista que compartió con Rabin y con Arafat el Premio Nobel después de los acuerdos de Oslo, por esas razones ha aceptado el indecoroso papel de ministro de relaciones exteriores sin ningún verdadero poder de decisión, bajo el mando de un jefe brutal que lo humilla y que afecta negativamente su imagen histórica de humanista pacificador.

Una de las maniobras malintencionadas del señor Sharon ha sido la de tratar de destruir a Arafat, pese a ser éste, con todas las fallas políticas o morales que pueda tener, el único líder palestino históricamente comprometido con la paz. Sharon exige que Arafat "ponga cese al terrorismo", cuando él sabe muy bien que el presidente palestino tiene un poder político limitado y es ferozmente cuestionado por extremistas incontrolables en el seno de su nación.

En el plano de la lucha por la opinión pública internacional, la derecha israelí, dirigida por Sharon, hace un uso a veces indebido de la memoria del holocausto nazi y del sentido de culpabilidad que tienen todas las naciones civilizadas por no haber hecho lo suficiente para evitarlo en su época. Lamentablemente ha llegado al extremo de pedir que se le permita cometer abusos contra los derechos humanos, simplemente porque hace sesenta años el pueblo judío sufría abusos aún mucho más graves.

Para salir de este engranaje infernal, es necesario que se tomen iniciativas audaces, radicales, en dos sentidos. En primer lugar, es necesario que la oposición democrática, humanista y progresista israelí (y la corriente correspondiente en el seno del pueblo judío disperso por el mundo), rompa la alianza con Sharon y asuman una oposición franca, de promoción de la negociación y la paz, contra viento y marea, porque la única alternativa

sería un conflicto cada vez más brutal que pondría en peligro al mundo entero. En segundo término, Estados Unidos como potencia hegemónica del Medio Oriente debería reanudar los intensos esfuerzos de mediación pacificadora que realizaba, encomiablemente, el ex-presidente Bill Clinton. Por último, no sólo Estados Unidos, sino también la Unión Europea debería participar en los buenos oficios pro paz, ya que en mayor grado que Norteamérica ha estado conduciendo una política exterior equilibrada entre Israel y el mundo arabomusulmán. El pueblo judío, dentro y fuera de Israel, debe entender que, sólo si acepta los riesgos de un nuevo esfuerzo de reconciliación, podrá alcanzar sus anhelos de paz, y recuperar el alto prestigio democrático y progresista del que disfrutaba antes de la actual etapa de intransigencia violenta.

DEMETRIO BOERSNER

DR. EN CIENCIAS POLÍTICAS. EXEMBAJADOR DE
VENEZUELA